

## ¡ES HORRIBLE!



Horrible... horrible ha sido la catástrofe del bravo marino Carril y sus ocho compañeros de infortunio.

Se erizan los pelos al pensar en la espantosa agonía de más de tres horas que sufrieron los desdichados náufragos.

El mar como un lago, la tripulación confiada, un panorama delicioso convidando á la vida, y traidora ráfaga de viento arrolla la vela de la embarcación, vuelca ésta y sepulta en el abismo á nueve valientes y sufridos pescadores, jóvenes, padres de familia los unos, cariñosos esposos é hijos los otros... ¡¡es horrible!!

¿Qué imaginación puede hacerse una idea de los sufrimientos de aquellos pobres hombres asidos á la quilla de la lancha, prestándose mútuo auxilio, animándose unos á otros, con la inmensa sábana de agua por todas partes? Esperan la salvación de un milagro, y ofrecen votos á la Virgen, al Santo Cristo de Lezo, y cuando por fin la ansiada vela que anuncia la embarcación salvadora se acerca y desaparece sin haberlos visto.... ¿hay medio en la naturaleza humana de hacer comprender aquellos instantes de desesperación?

«Adios, hijos queridos, mujer adorada, padre mio, ya no os volveré á ver más. Adios, Compañeros, me siento morir, me hundo para siempre en el abismo; si alguien de vosotros se salva, decid á la familia que muero pensando en ella y con la oración en los labios. Señor mio, Dios mio, recibidme»; y estas palabras, dichas por nueve robustos jóvenes que momentos ántes estaban llenos de vida y contento, y sienten que ésta se les escapa por falta de un socorro á tiempo, ¿no son capaces de conmover aun á la dura é inerte roca?

¡Pobres gentes, qué penosa profesión, qué amarguras en el oficio! Y estos infelices no piden nunca nada.

Ni huelgan, ni exigen reducción de trabajo, ni la mejora de la clase.

No anhelan más que abundancia en la pesca.

Ejemplo digno de imitación para los que en los talleres y fábricas se insubordinan en demanda de los tres ochos. ¿Cabe comparación entre unos y otros?

Si hallamos muy justo que se considere al obrero, ¿qué opinión nos habrá de merecer el mísero pescador que desde que sale del puerto no tiene momento seguro?

¡Ah! la costa y la mar son muy bonitas, señores veraneantes; forman un conjunto precioso, un cuadro sublime. La línea de tierra, el horizonte azul, las rizadas olas que rompen tranquilas en la playa, todo esto es delicioso, es panorámico; pero ese colosal Océano se alimenta de carne humana y está llamando constantemente á sus víctimas, tributo inevitable que tienen que pagar los que surcan su superficie.

Sí, la costa es bonita, pero en sus pueblos ¿nada os dice el número de viudas que veis?

Concluyamos con tanta tristeza, pidiendo una lágrima para los desdichados náufragos del Cantábrico, y una caridad para sus pobres familias.

ALFREDO DE LAFFITTE.

